

Noticuario de cultura española

Defensa de la cultura

El ya famoso discurso pronunciado por André Gide en el Congreso Internacional de Escritores de París, celebrado el año pasado, ha sido editado recientemente en traducción castellana, con algunos comentarios de José Bergamín y de Arturo Serrano Plaja. Los comentarios glosan sólo algunos aspectos de las ideas de Gide y más bien tratan de precisar situaciones ideológicas personales de los dos escritores españoles.

El discurso de Gide requeriría un comentario especial, detenido, profundizado, porque en su aparente simplicidad encierra complejos problemas de proyecciones evidentes en la hora actual del arte. Porque sin duda alguna las ideas contenidas en el discurso de André Gide, formarán en el transcurso del tiempo la pauta artística de quienes sienten la radical transformación que trae implícita la revolución que vivimos.

No es este el sitio ni la oportunidad para hacer el estudio detenido del discurso de Gide; pero sí se hace indispensable llamar la atención sobre su trascendencia, despertar la curiosidad hacia él y a su lectura no con un sencillo propósito de información, hacer notar lo importante del papel de este discurso al esclarecer una serie de equívocos y de malentendidos que siguen tomando un falso volumen en el pretexto retardatario de hacer obscuridad en la claridad de ciertas doctrinas, y por último, porque hace desengañar a mucha gente de las interpretaciones

algo arbitrarias que algunos marxistas dan al papel del arte en la vida social, con un espíritu estrecho y de intransigencia.

Es necesario leer el discurso, repasarlo, expresar su contenido, extraer lo que está más allá del aparente sentido común, porque esta síntesis que tan maravillosamente ha hecho Gide, no es el producto de una improvisación, sino verdades destiladas en zumos finísimos. Y sin olvidar que se trata de la posición del arte y del artista ante la realidad y el medio concretos, y no ante la realidad y el medio abstractamente considerados como en un tratado de Filosofía del Arte, sino ante la realidad y el medio actuales y en su inmediato futuro. Y aquí también encaja la doctrina de Gide al sostener que particularizándose, personificándose, es como cada autor alcanza lo humano universal, pues que siendo eminentemente actual, su ideología alcanza contornos de permanencia y de estructuración filosófica. Es también partiendo de su actitud personal, como francés y como individualista, que Gide llega al internacionalismo y comunismo, sin oposiciones ni exclusiones, en un desarrollo sintético completamente lógico.

Pero lo más interesante está en la exposición de ciertas ideas generales, válidas como directoras del momento actual, sin perder su carácter de generalidad en el tiempo. Así la situación de la cultura y civilización actuales, con su artificiosidad y falsedad en el medio burgués, defendida precisamente por algunos autores por su artificio y mentira, entraña un contrasentido inaudito, una desviación moral indicativa de su propia descomposición, e indica claramente que la verdadera cultura, la que no se nutre de mentiras y de artificios, está del otro lado, de la fracción que se opone a la cultura pasada en lo que ésta tiene de falso y de convencional. No puede haber términos medios: o se está en pro o en contra de la cultura, si se defiende respectivamente lo verdadero o lo falso. Hemos llegado a una altura de situación en que los deslindes se marcan, en que deben tomarse posiciones definitivas, porque toda ambigüedad deja de

serlo para significar una colocación en una fila: en la de los enemigos de la cultura. El propio escritor burgués no puede comulgar con su medio, si hay en él realmente valor de creación: necesita oponerse a él, luchar contra sus prejuicios y falsedades, ser un rebelde. Tampoco puede hacerse la distinción escolástica de Arte y Vida—así con mayúscula para darles la forma diferenciada que en el fondo no tienen o no deben tener—que implica un doble sofisma por su falta de sinceridad y su aparente realismo. Es preferible la tragedia del escritor sin comunión con su medio, como la que existe actualmente en casi todas partes, con caracteres más profundos todavía en nuestro medio americano, ante una burguesía diletante y un pueblo analfabeto.

La U. R. S. S. es el país donde se puede experimentar, hacer la prueba, del acuerdo entre el escritor y su medio y, sin embargo, nada se ha producido allí de obra en verdad creadora: la literatura ha sido un espejo, un reflejar los movimientos de esa enorme sacudida que trae consigo la formación del «hombre nuevo»; literatura que no tiene todavía un sentido aquilatado de sus verdaderas condiciones, sin el sentido de lo que el hombre debe ser, sino apenas de lo que parece ser en el momento de las transformaciones y los cambios. Y la literatura no puede, no debe ser solamente eso, porque como lo dice Gide, «la literatura no copia; informa, propone, crea».

¿Es que el pueblo todavía no alcanza la obra de arte? Seguramente, puesto que no se produce el pleno acuerdo entre el artista, su obra y el medio, como ha ocurrido en otras épocas de la historia. Es que vivimos un período de transformación y de subversión de valores, y el arte en tales épocas debe abrir caminos y no simplemente conformarse con reflejar pasivamente el estado social. En nuestro caso, se trata de ayudar el parto del «hombre nuevo» y de la nueva sensibilidad, se trata de entrar íntimamente en su vida—no sólo material sino especialmente espiritual—para palpar sus condiciones y abrir la vena de las posibilidades. Se trata de ir en ayuda del pueblo, para que el pueblo

sea lo que debe ser, sin renunciar a la cultura pasada, en lo que ésta tiene de permanente y de sano, y oponiéndose a lo enfermizo de esta cultura. Es el verdadero papel del escritor en su defensa de la cultura. Y con esta actitud los escritores se colocan francamente del lado del pueblo, con todo el acervo cultural todavía válido, ayudándole en la comprensión de este pasado profundamente humano y abriendo nuevas vías a las posibilidades del hombre que se aproxima. Y con esto se destruye también una primitiva intransigencia marxista, que no veía en la literatura anterior sino burguesía y enfermedad, sin calar el hondo sentido humano de tantas obras inmortales y sin reflexionar que las creaciones del hombre no nacen de la nada, y que la verdadera, la sana tradición no ha sido nunca un impedimento para las grandes transformaciones, que al contrario, es la ayuda más eficaz de las nuevas creaciones.

En fin, el discurso de Gide da para muchas reflexiones, que extenderían esta nota informativa, ¿incitativa? desmesuradamente; pero no quiero dejar pasar otro punto en que es necesario insistir para deshacer los errores engendrados. Es aquél que se refiere a lo permanente y circunstancial en la obra de arte. Casi todas las obras que se llaman o hacen llamar de «nuevo tipo» y que pretenden ser la expresión artística de los tiempos actuales, se contentan con un aparente realismo, con ser espejos, con reflejar determinadas modalidades del ambiente; pero no captan el sentido de esta realidad, en una palabra, no crean sino que copian. Se cree hacer literatura proletaria, por ejemplo, creyendo encontrar la clave en los motivos y haciendo entonces literatura o música de máquinas, usando vocabulario técnico o imitando ruidos fabriles; pero no va más allá, y esta literatura puede confeccionarla cualquier hábil escritor de espíritu netamente burgués. Un camelo, entre los infinitos que existen en el arte moderno. Falta la entraña, el sentido íntimo, el «tono», que lo es todo en poesía, tomando la palabra poesía en sentido amplio. Otras veces se toma la literatura o el arte en general co-

mo medio de propaganda, como un medio didáctico de determinada doctrina. En las circunstancias actuales, esta parcialidad puede tener justificación, pero a condición de que no se olvide la verdadera jerarquía de valores, que en la obra de arte exige que sea la belleza su primer término. Como lo dice Gide en una sola frase, preñada de sugerencias: «Existe ya cierto error, cierto desconocimiento de la belleza, en esta busca demasiado concreta de una *lección*, en la busca demasiado exclusiva de los *motivos*, en la ignorancia de los *quietivos*». Hay aquí toda una crítica y una teórica de arte en pocas palabras, crítica y teórica que hay que desarrollar como quien desenvuelve una maravillosa cinta.



Recientemente se ha celebrado en Londres un nuevo Congreso de la Asociación Internacional de Escritores, y España ha estado allí representada por Ricardo Baeza y José Bergamín.

El movimiento de Defensa de la Cultura va tomando cada día más cuerpo, no se detiene, forma programas y propósitos; será sin duda este movimiento el apoyo más formidable que los intelectuales puedan dar al pueblo en su camino de liberación, defendiendo para él y por él todo lo que se encierra bajo la denominación de cultura. Todavía no se puede hablar de una obra concreta, realizada, ni en éste ni en los anteriores congresos de Moscú y París; pero, sí, ya están definidas las posiciones, establecidas las premisas, determinadas las finalidades del movimiento, lo que ya es mucho decir.

Pronto se han de publicar las nociones presentadas en el último Congreso de Londres; mientras tanto, podemos dar a conocer dos novedades de importancia: la confección de una «Enciclopedia», y el hecho de que el próximo Congreso, que será posiblemente a fines del presente año, se celebrará en Madrid,

con una reunión preparatoria que tendrá lugar en Barcelona.

La Enciclopedia será labor de algunos años y en su elaboración participarán los mejores escritores e intelectuales del mundo. Su significación será trascendental, pues abordará los temas con un criterio objetivo, que asiente su valor científico. Cada tema será tratado desde tres puntos de vista: de su historia, de su valor objetivo actual, y luego las diversas interpretaciones doctrinarias que a dicho tema se le han dado y se le dan. Mientras—tanto—dada la inmensa labor que implica la confección de esta Enciclopedia y el tiempo que se necesita—se redactará un «Manual», que contenga en resumen lo más importante.

De realizarse el proyecto de la Enciclopedia podrá significar para nuestro tiempo el valor que para el siglo XVIII tuvo el movimiento enciclopedista patrocinado por los franceses. Esos tiempos y los presentes presentan ciertas modalidades de similitud, no en cuanto a su contenido, sino en cuanto al ritmo que toman las transformaciones que se operan en el espíritu y en la sociedad.



España y lo más importante de su representación cultural sigue el movimiento pro Defensa de la Cultura con ferviente interés. Las reuniones en el Ateneo son frecuentes para tratar temas con ella relacionados. Algunas ideas, está ya bien esclarecido y la «Alianza de Intelectuales Españoles para la Defensa de la Cultura» corresponde con exactitud a la «Asociación Internacional de Escritores». Ha sido ampliado su alcance y significado en España a todas las actividades libres de la inteligencia, de manera que no sólo corresponde al núcleo de escritores esta asociación, sino a todos los trabajadores «libres» de la inteligencia. De aquí su denominación local: «Alianza de Intelectuales» y no «Asociación de Escritores». La razón de esta ampliación a

sectores ajenos a la literatura es por demás justificada, ya que no son sólo los escritores los que tienen el deber de defender la cultura, sino todos aquéllos que tengan en la actualidad el sentimiento de que la cultura está amenazada. Además, con esta ampliación se cree interpretar mejor las necesidades del medio ambiente cultural español. Agrupa, pues, esta Alianza de Intelectuales toda clase de actividades del pensamiento: Filosóficas, literarias, estéticas, científicas, políticas, religiosas, etc.

En cuanto a sus finalidades, coincidentes con las de la Asociación Internacional de Escritores, se presentan bajo dos aspectos: negativo y de oposición uno, positivo y de construcción el otro.

El enemigo contra el cual se opone y aparece con una rotunda negación, se llama fascismo o régimen fascitoide. No es necesario analizar demasiado para señalar en el «Donde oigas hablar de cultura, dispara» el verdadero peligro. Y no sólo el fascismo declarado y entronizado, sino toda asechanza, no por vaga menos peligrosamente posible, de los que pretenden desconocer la libertad del pueblo, su necesidad y derecho a la cultura, y pretenden ejercer sobre él una tiranía material y espiritual embrutecedora, que lo aleja precisamente de los beneficios que reporta la cultura.

Como afirmación, sustenta la causa del pueblo y de las asociaciones de trabajadores, como fuerza humana fecundizante, como fuente de enseñanza moral y vivificadora, como tierra en donde han de germinar las esperanzas. Con el pueblo y para el pueblo defienden los intelectuales esta cultura, tanto en su aspecto tradicional, como riqueza firme del pasado, cuanto como promesa de futuro, enriquecimiento de porvenir fértil. Porque lo uno supone lo otro: sosteniendo lo verdadero de la cultura pasada es como se engendra la verdad de la cultura futura. O como lo dice Gide: «Es absurdo y vano renegar del pasado. Diré incluso que, la cultura con que soñamos hoy no podía surgir en seguida y que era, sin duda, conveniente que apareciese

primero esta cultura falaz». Porque falaz son para Gide y para los intelectuales españoles que tan de cerca siguen las sugerencias del maestro francés, las posiciones culturales de los que defienden un pasado sin ímpetu de renovación, sin movimiento, como realización sin prolongaciones creadoras posibles, cultura o apariencia de cultura falsificada por la torpe ignorancia de los que la mantienen, encerrada, inmóvil, y están ante ella en supersticiosa actitud fetichista. Es cultura falaz o falsa cultura la que pretenden ser alimento de bocas exclusivistas, que ha abandonado la entraña fértil de lo auténticamente popular. En España este problema aparece con mayor nitidez que en otras partes. El pueblo español—el heroico, trabajador, ingenioso, apasionado, romancesco pueblo español—poseedor de un temperamento que cuaja savia cultural y creadora desde las más hondas raíces de su pasado, cultura que es potencia cultural y no marmórea cultura de academias y que no se puede observar desde el sillón de turista de un hotel de primera clase, ha sido la fuente más fecunda del arte hispánico, y todo lo más grande que hay en él proviene de este pueblo, directa o indirectamente. Sería pedantesco insistir sobre esto con ejemplos que saltan a la vista de todo conocedor de la historia elemental de España. La cultura española es esencialmente popular, tiene un sentido popular, con un acervo de tradición que no se desmiente nunca en su renovado fluir, como cultura viva, apasionada de su propia fluencia.

Pues bien, la cultura en este su auténtico sentido es la que sienten amenazada los intelectuales de los países europeos que representan el sentido renovador de la historia. La cultura española, que por ser tan propia, adquiere resonancia universal (insisten, las verdades de Gide: «siendo lo más personal es como cada ser sirve mejor a la comunidad. Lo que es cierto para los individuos es igualmente cierto para los pueblos»), vive de esencias populares, y apartarse de este manadero es una traición a su real sentido, a su desenvolvimiento de constantes creacio-

nes, no sólo en lo nuevo, sino en lo antiguo que se dilata hasta la actualidad con ramas cada vez más verdes. Y si no, ahí está el movimiento poético clasicista de ahora. (Nuevamente la sugerencia de Gide: «... toda obra de arte duradera es aquélla capaz de satisfacer apetencias renovadas»).

Todas estas ideas, que seguramente saldrán a luz en algún manifiesto o exposición que las ordene y exteriorice, constituyen, a mi parecer, la médula de la «Alianza de Intelectuales Españoles para la Defensa de la Cultura».

Es posible que en Chile—y ya Enrique Espinoza esbozaba empresas a fines del año pasado—se haya organizado o pretenda organizar alguna entidad de índole semejante. Pero dado este paso esencial, es necesario ponerse en contacto con los demás países de América, y luego con los de Europa, empezando por España. Porque los países hispanoamericanos deben estar junto a España en esta cruzada. Así lo exige la tradición y la hora que vivimos.

América y la nueva poesía de Alberti

En 1934, «Cruz y Raya» editó en un tomo la obra completa de Rafael Alberti, tomo en que quedaba comprendida toda la labor poética de este poeta desde 1924 a 1930, o sea, desde su primer libro «Marinero en tierra» hasta la elegía cívica «Con los zapatos puestos tengo que morir», elegía que marca el período de crisis de la poesía de Alberti. Esos primeros años poéticos los considera Alberti como un «ciclo cerrado (contribución mía, irremediable, a la poesía burguesa)». A partir de esta declaración, la obra y la vida «están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional».

Su última obra «13 bandas y 48 estrellas»—poema del mar Caribe—cabe exactamente dentro de la nueva modalidad de la poesía de Alberti, es el poema de alerta y de lucha dado a los países de América contra el imperialismo yanqui. Es curioso que